

EL INDIVIDUALISMO EN OCCIDENTE (El *homo sapiens* en Metrópolis)

XOSÉ RAMÓN MARIÑO FERRO

Unversidade de Santiago de Compostela

<http://dx.doi.org/10.15304/ag.38.2.5894>

Los antropólogos nos ocupamos de estudiar las costumbres de sociedades exóticas, grupos minoritarios y comunidades rurales al margen de la corriente principal de la historia. No obstante, como de rebote, no dejamos de reflexionar sobre la sociedad en la que vivimos. Este artículo es un ejemplo; ejemplo parcial, como comentaremos. Comenzaré por exponer algunos datos generales sobre la relación del individuo con la sociedad y luego, con la ayuda de los antropólogos, historiadores, sociólogos y filósofos indicados en la bibliografía, analizaré el individualismo en Occidente, su origen y su manifestación actual, no en el conjunto de nuestra civilización, muy diversa, sino en la población más urbana y moderna.

Individuo y sociedad

La relación entre individuo y sociedad, cuestión peliaguda donde las haya, presenta, a mi modo de ver, tres facetas: el protagonismo individual o colectivo en la creación de la cultura; el grado de cumplimiento de las normas sociales por los individuos; y el nivel de individualismo frente al de solidaridad.

Los humanos necesitamos vivir en grupo. Compartimos una misma cultura con nuestros convecinos. Y sin embargo, somos distintos unos de otros. De ahí que resulte difícil aquilatar qué parte adquiere cada persona de la sociedad en la que crece y qué parte crea por sí misma. En este asunto Durkheim y Kroeber defendieron una postura extrema; en contra de la opinión común de los occidentales, minimizaron el papel de los individuos. Y les asistían sobradas razones.

Emile Durkheim, fundador de la sociología francesa y maestro de antropólogos eminentes, tuvo la osadía de considerar irrelevantes a los individuos. Afirma con sorprendente rotundidad que las ideas y tendencias colectivas no brotan de las personas particulares, sino del cuerpo social en su conjunto; que los fenómenos sociales son exteriores al individuo y que se caracterizan, precisamente, por ejercer presión sobre las conciencias individuales. Lo ilustra con una analogía orgánica: la sociedad es al individuo lo que la célula, viva, es a los átomos de hidrógeno, carbono y nitrógeno que la componen, inertes y carentes de vida.

Durkheim no elude una objeción inmediata: ¿por qué, entonces, se dan los comportamientos antisociales o, como él los llama, morbosos y patológicos? Porque —explica— la sociedad permite un cierto grado de libertad individual. Lo hace con el fin de que surjan los idealistas y los reformadores, destinados a introducir cambios favorables y contribuir al progreso. Pero con el pensamiento libre se cuelan también los actos criminales, contrarios a las exigencias y al bienestar del grupo. Sin unos no son posibles los otros. La posibilidad de progresar se cobra, a su juicio, un considerable precio.

El sociólogo se inspiró, es obvio, en la teoría de la evolución biológica. Compara los actos libres con las mutaciones espontáneas que experimentan los seres vivos, aberrantes unas, mejoras adaptativas otras.

Sorprende no poco encontrar entre los que, como Durkheim, subordinan el individuo a su medio cultural a un discípulo de Franz Boas, Alfred Louis Kroeber. Kroeber, un hombre cordial, de vasta erudición y omnívoro intelecto, publicó en 1915, a los treinta y nueve años, “The eighteen professions”. En la tercera sostiene: «La civilización, aunque sean los hombres quienes la impulsan y aunque exista a través de ellos, tiene entidad por sí misma y pertenece a otro orden de vida. La historia no se ocupa de los actores que producen la civilización, sino de la civilización como tal». Y en la sexta sentencia: «La persona o el individuo no tiene valor histórico, salvo como ilustración».

En el archiconocido artículo “Lo superorgánico”, escrito dos años después, confirma su teoría. Declara que la cultura es, en su esencia, no individual y que la civilización comienza justo donde acaba el individuo.

Aunque a los occidentales, educados en la fe en la creatividad del individuo, pueda parecérselo, Kroeber no habla a la ligera. Se apoya en los datos, bastante sorprendentes, de la historia de las invenciones. El registro de las patentes oficiales le convence de la marcha inexorable del progreso, ajena a los investigadores particulares. Pone ejemplos de descubrimientos realizados por varias personas al mismo tiempo, o con una escasa diferencia de tiempo, a veces de meses o días, en países distantes, sin contacto alguno. Así descubrieron Alexander Bell y Elisha Gray el teléfono; Priestly y Scheele, el oxígeno; Kant y Laplace, la hipótesis nebular; Adams y Laverrier, el planeta Neptuno; Fulton, Jouffroy, Rumsey, Stevens y Symmington, el barco de vapor; Steinheil y Morse, el telégrafo; Talbot y Daguerre, la fotografía.

Ese mismo año Edward Sapir, también prestigioso discípulo de Boas, lo acusó de haber escogido los ejemplos con astucia. Le objetó haberse basado solo en las invenciones, que por lo general se encadenan, lo que facilita una lectura determinista. Para una demostración irrefutable, lo retó a detectar determinismo social en actividades consideradas, en principio, más voluntarias, como las religiosas y artísticas.

Kroeber convirtió la crítica de Sapir en un desafío personal y dedicó el resto de su vida a demostrar que la religión, la filosofía y el arte se desarrollan al margen de los individuos. El empeño produjo resultados dispares. Poca cosa en el campo de la religión y del arte. El triunfo más sonado lo obtuvo en la evolución de la moda. Logró probar que la moda femenina, veleidosa y en apariencia nacida de la fantasía particular de cada modisto, mudaba siguiendo pautas regulares. Los cambios en el largo y ancho de la falda, en la posición y diámetro de la cintura, y en el largo y ancho del escote mostraban una periodicidad en clara contradicción con la supuesta libertad individual de los diseñadores. La conclusión fue la que cabría esperar: el papel que desempeñan los individuos particulares en la elección del estilo básico de vestir es insignificante. O lo que es lo mismo: los diseñadores, que se consideran creativos y libres, son, en realidad, marionetas de la cultura.

A pesar de ese éxito, Kroeber fue el blanco de incesantes críticas. Boas y Ruth Benedict percibieron en la teoría de la cultura externa a los individuos un tufillo místico. Bidney, por su parte, vio en la reificación de la cultura una argucia idealista.

Kroeber empezó a vacilar. Al final se retractó de las exageraciones en que había podido incurrir y se refugió en la postura del «como si». Podía estudiarse la cultura «como si» fuese algo real y «como si» los individuos no interviniesen en ella.

Antes de la retractación le había salido en Leslie White, un materialista profeso, un inesperado defensor. En *La ciencia de la cultura* White se suma a los que creen, como Durkheim y Kroeber, que los hombres no rigen la cultura, sino al contrario. «Son las culturas –dice– las que poseen a la gente». Rigen incluso la actividad creadora de los genios, a los que White define como organismos humanos en los que ha tenido lugar una síntesis innovadora de elementos culturales.

En la actualidad nadie defiende que la cultura posea entidad propia exterior a los individuos. De todos modos, la polémica no fue en balde. El mismo hecho de que la haya habido refleja hasta qué punto los antropólogos tomaron conciencia del influjo del entorno cultural sobre las personas. Puede ser útil el ejercicio de revisar con mirada distante y ojo crítico las vivencias de un día. No hallaríamos —yo digo que por fortuna— demasiada cosecha propia. A no ser que incluyamos entre las costumbres exclusivas usar calcetines, vestir vaqueros, ponerse pendientes, beber cerveza, comer pizza, degustar unas lentejas con chorizo, escuchar música electrónica, entusiasmarse con un partido de fútbol, fumar un cigarro o besar a los hijos. O la de no seguir alguna de ellas, o la de modificarlas con detalles más o menos llamativos pero insignificantes.

En cuanto al grado de cumplimiento de las normas, hubo entre los primeros antropólogos opiniones diversas y hasta encontradas. Malinowski se planteó el problema en repetidas ocasiones. En *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje* nos recuerda que en el pasado se había visto en los primitivos a seres caprichosos que obraban a su libre arbitrio. Y que luego, en una reacción pendular, se pasó a describirlos como ciegos cumplidores de la ley, incapaces de criterios propios. A mí me parece que los europeos les adjudicaron en cada época el comportamiento contrario al que valoraban.

En su *Anthropology*, publicada en 1912, Robert Ranulph Marett da por sentado que en las sociedades primitivas «nadie piensa ni en sueños en quebrantar las normas sociales». En la página 138 de *Primitive Law*, de 1924, Edwin Sidney Hartland presenta al salvaje «cercado por las costumbres de su pueblo, encadenado por tradiciones inmemoriales, no solo en sus relaciones sociales, sino también en su religión, en su medicina, su arte; en pocas palabras, en cada aspecto de su vida».

Malinowski, que ve en la cultura un medio para satisfacer las necesidades de los individuos, rechaza la idea durkheimiana del inconsciente colectivo. Y tampoco está de acuerdo con la visión del individuo sumido en el grupo. Fundamenta su opinión, no en prejuicios emitidos desde la distancia, sino en la observación meticulosa de los nativos de las islas Trobriand. Levantó

su tienda entre las cabañas de los trobriandeses, aprendió su lengua y participó en los trabajos, en las fiestas y en la vida diaria. En sus monografías no se contenta con ofrecernos el retrato del trobriandés típico. Conoce los individuos, uno por uno, con sus temperamentos, sus intereses en pugna, sus amoríos y sus enfrentamientos. Conoce seres humanos vivos, complejos, con contradicciones.

Malinowski descubre que los primitivos, al igual que los civilizados, cumplen las normas por razones morales o prácticas, pero sin espontaneidad alguna. Percibe que, al exponer su ideal, los trobriandeses, en efecto, pintan una sociedad sometida a la ley, una sociedad en la que se cumplen las normas y se renuncia a los egoísmos personales. Es ese ideal nativo el que los antropólogos habían confundido con la realidad. Su experiencia de investigador de campo, sin embargo, le había mostrado un panorama diferente. Comprobó que en su comportamiento real, en su obrar diario, los trobriandeses defendían sus intereses particulares e incluso quebrantaban la ley, y no en ocasiones, sino de manera sistemática. Es más: la mayoría de sus informantes se vanagloriaban de haber cometido delitos tan graves como el adulterio y la violación de la exogamia.

Al percatarse de que entre la conducta ejemplar que propone una sociedad y la real de los individuos que la componen hay una marcada divergencia, Malinowski —opina Leach— fijó un hecho de la mayor importancia sociológica. Dejó claro que la norma en el sentido de «normativa» solo en el ideal coincide con la norma en el sentido de «comportamiento acostumbrado». Si el maestro del trabajo de campo merece algún reproche es porque —en una nueva reacción pendular— tiende a identificar el comportamiento observable con la auténtica realidad y a rebajar las normas a una ficción prescindible.

Todas las sociedades reparten los derechos entre los individuos y los grupos. Todas. Lo que varía es la proporción. En unas prima el individuo, en otras la familia, en otras el linaje, el clan, la tribu o el estado.

En la *República* de Platón, por ejemplo, se le da prioridad al estado. La ciudad se organiza con vistas al bien general, al que las personas particulares deben contribuir desde el puesto que se les asigna. Platón propugna una sociedad jerarquizada en la que la justicia consiste en ordenar las actividades individuales en relación con el conjunto.

El individualismo liberal

La Europa moderna es, como se señala con insistencia, una sociedad volcada hacia los individuos. Al menos en teoría. Influyentes filósofos, teólogos, políticos y economistas combatieron la absorción del individuo por el grupo, al modo de la Edad Media, y le confririeron el papel protagonista. No faltaron, sin embargo, los que, por el contrario, pusieron el acento en el componente social. Para los primeros, la unidad de la organización humana es el individuo, que se une a sus semejantes; para los otros, la unidad es el grupo, compuesto por individuos.

Algunos autores, como Troeltsch, encontraron las raíces del individualismo europeo en el cristianismo primitivo; otros, en el Medievo; Burckhardt, en el Renacimiento italiano; y la mayoría, con Max Weber a la cabeza, en la reforma protestante, en especial la calvinista, y en el auge del capitalismo.

Como luego veremos, el término «individualismo» surgió por reacción crítica al credo liberal. El liberalismo defiende la libertad de elección personal, frente a las limitaciones y controles del poder político y religioso.

La propuesta del liberalismo para desarrollar la economía se resume en la expresión francesa *laissez-faire, laissez-passer*: rechazo a la injerencia de los gobernantes en los asuntos económicos, que deben quedar encomendados a la iniciativa privada. En 1776, en *La riqueza de las naciones*, el economista escocés Adam Smith afirmaba que el impulso egoísta de aumentar los beneficios privados es la base de la riqueza colectiva.

La defensa de la libertad en la esfera social y política fue una de las preocupaciones cardinales de la Ilustración. Los filósofos ilustrados le reconocen al ser humano individual dignidad y valor supremos. La Ilustración —escribe Victoria Camps— propone un individuo central y fuerte, sujeto del saber verdadero y legislador de la conducta justa. Un individuo que solo se pliega a aceptar las normas colectivas mediante la ficción de un «contrato social». Las sociedades vendrían a estar formadas por individuos independientes e iguales, sin intereses comunes, sin voluntad política previa, sociables a su pesar y libres aunque obligados a convivir.

El individualismo religioso, impulsado por la Reforma, niega la necesidad de intermediarios y le reserva al creyente individual el derecho a establecer su particular relación con Dios. Martín Lutero preconiza la libre interpretación de la Biblia. Sin embargo, con la perspectiva que da el tiempo resulta paradójico que todos los luteranos acepten la exégesis del maestro y que, en principio partidarios de toda interpretación libre de la Biblia, combatan con ardor la católica.

Con su doctrina de la predestinación Calvino —según Max Weber— avivó el capitalismo. Enseñó que se podía vislumbrar el destino reservado por Dios a cada persona por medio de ciertos signos en esta vida. A los elegidos los señalaba el Señor concediéndoles —entre otras cosas— ventura en los negocios y bienestar económico. De modo que, para garantizarse un puesto entre los elegidos, los devotos se esforzaron en acopiar bienes. Y la predestinación se cumplió: los pobres fueron condenados al infierno, en este mundo.

La doctrina liberal ha tenido un éxito arrollador. Los ideales de igualdad y libertad constituyen dos pilares básicos de nuestra civilización y, en un ejemplo más de extensión etnocéntrica, se supone que de todo ser humano. Estamos convencidos —escribe Louis Dumont— de que cada una de las personas particulares atesora la esencia de la Humanidad. El individuo es omnímodo, casi sagrado. Nada existe por encima de sus exigencias y de sus derechos, solo limitados por los derechos de los demás. Es una mónada. Las sociedades las forman grupos de mónadas independientes, sin que nadie se plantee en absoluto el problema de la armonía entre ellas.

El individualismo egoísta

«Individualismo», al igual que «socialismo» y «comunismo», son palabras acuñadas en el siglo XIX. La forma francesa, *individualisme*, apareció en su acepción negativa. La enarbolaron los pensadores contrarios a la Revolución. Pero también la utilizaron los teóricos del naciente socialismo. En la década de 1820 la emplearon con frecuencia los discípulos de Claude-Henri Rouvroy, conde de Saint-Simon, uno de los más renombrados teóricos del socialismo utópico. Los sansimonistas coincidían con los antirrevolucionarios en la crítica a la glorificación del individuo. A Balzac le debemos la distinción entre individualismo —anarquía y atomización social— e individualidad —independencia personal y autorrealización—.

En España la voz individualismo la registra por primera vez el *Diccionario de Domínguez* en 1853; luego el de la Academia, en 1869. La definición incluye la palabra egoísmo: «Sistema de aislamiento y egoísmo de cada cual, en los afectos, en los intereses, en los estudios, etc.». En la edición de 1884 el *Diccionario de la Academia* ofrece esa misma acepción y otras dos, de contenido filosófico y político: «Sistema filosófico que proclama como única realidad verdadera la del individuo y en él cree encontrar el fundamento y el fin de todas las leyes y relaciones morales y políticas». «Sistema

que propende a ensanchar la esfera de acción y los derechos del individuo a expensas de las funciones sociales». La edición de 1939 añadió otra acepción, que se mantuvo hasta 1992: «Propensión a obrar según el propio albedrío y no de concierto con la colectividad».

Los filósofos y difusores de la Ilustración encomiaron sin desmayo, como cabría esperar, el individualismo positivo, el de la libertad y la igualdad de los hombres. (Las mujeres por entonces no computaban). La otra cara del individualismo, la de la insolidaridad, se la callaron, o no supieron verla. Sí la previó Alexis de Tocqueville en su libro sobre *La democracia en América*, publicado entre 1835 y 1840: «El individualismo es una expresión reciente que una idea nueva ha hecho nacer. Nuestros padres no conocían más que el egoísmo. El egoísmo es un amor apasionado y exagerado hacia uno mismo que lleva al hombre a referir todo a sí solo y a preferirse a todos. El individualismo es un sentimiento reflexivo y pacífico que predispone cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse a un lugar alejado con su familia y sus amigos, de tal manera que tras haberse creado así una pequeña sociedad a su modo, abandona gustosamente la grande a sí misma. El egoísmo nace de un instinto ciego, el individualismo procede de un juicio erróneo más que de un sentimiento depravado. Tiene su origen tanto en los defectos del espíritu como en los vicios del corazón. El egoísmo reseca el germen de todas las virtudes, el individualismo no ciega en principio más que la fuente de las virtudes públicas, pero a la larga ataca y destruye todas las otras y va finalmente a absorberse en el egoísmo. El egoísmo es un vicio tan antiguo como el mundo. No pertenece más a una forma de sociedad que a otra». En cambio el individualismo es —asegura— propio de la sociedad moderna.

En ningún ámbito de la cultura se percibe como en el arte, reflejo de un tiempo y una mentalidad, el individualismo desaforado de nuestros días. La originalidad es el valor supremo. La obra ha de ser única, rompedora, sin precedentes. Expresión de un individuo. Los artistas se afanan por dar con un estilo, una técnica o un tema que lleve su nombre como si de una marca se tratase. Así que la producción artística cambia sin cesar, enloquecida. No obstante, cabe sospechar que, al igual que en otros aspectos de la vida que creemos exclusivos, su autenticidad es limitada.

Igualdad

Los liberales subrayan con frecuencia la aportación, indudable, de su doctrina al progreso económico de Occidente. No son logros desdeñables los obtenidos contra el hambre y las enfermedades. Aunque haya sombras.

Con la misma frecuencia que recuerdan los triunfos se olvidan de los fracasos. Obvian que el liberalismo favoreció la acumulación de riquezas en pocas manos y el aumento de las diferencias de fortuna, en manifiesta contradicción con los ideales de igualdad y libertad para todos. Porque a nadie se le oculta que la desigualdad económica emponzoña la ley y la justicia.

El liberalismo, que prometía un desarrollo sin precedentes del individuo, se ha convertido en la causa y justificación de las desigualdades, de la opresión y de la pobreza avergonzada. En los Estados Unidos, donde ensalzan el individualismo como seña de identidad nacional, un abismo creciente separa a los individuos más ricos de los individuos más pobres. En este año los dieciséis millonarios más acaudalados del globo acumulan más capital que tres mil millones de desheredados. Si se cumplió el ideal ilustrado, habrá que reconocer que no benefició por igual a todos.

Esos magnates que encabezan la lista de los más ricos del mundo acumulan un patrimonio desproporcionado. Sobrepasa miles de veces lo que se puede dilapidar en la vida más lujosa. Cifras que hacen maliciar que al capitalismo ya no lo impulsa solo una ambición desmedida. Parece un tren sin frenos o un caballo desbocado. Un caballo que, como el de Atila, no deja crecer la hierba por donde pisa. Una máquina infernal que destrozaré el planeta. Sobre todo desde que con la artimaña de la obsolescencia programada se multiplicaron —además de los gastos de las familias— los residuos contaminantes. Ya no se produce para satisfacer necesidades; el sistema necesita producir para alimentar al monstruo. Con la ayuda inestimable de la publicidad.

Las grandes empresas acumulan hoy un poder tal que hasta pueden imponer soluciones poco adaptativas. Abundan los ejemplos. Escogeré el de la comida basura, evidente para todos y con consecuencias gravísimas. Somos testigos de la expansión arrolladora de hamburguesas, pizzas y bollería industrial y de la retirada paulatina de dietas más saludables y, con ellas, de la producción local de alimentos. No triunfa la solución mejor; triunfa la del más fuerte.

El neoliberalismo fuerza a cada trabajador a competir con los demás. Obreros, autónomos, empresarios, ejecutivos, diseñadores, artistas, todos trabajando a tope, esclavizados sin saberlo. Por eso menguan las protestas.

A los que no alcanzan el éxito —¿y quién lo alcanza en una carrera que, como la asíntota, tiene la meta en el infinito?—, a los que no alcanzan el éxito se les llama «perdedores». Un recurso sagaz para cargar sobre los pobres y desfavorecidos la culpa de su situación. No hay injusticia. No hay explotación. No hay insolidaridad. Hay simples perdularios; personas vagas, ignorantes o viciosas. Una lectura laica de la doctrina calvinista de la predestinación. Los pobres de nuevo al infierno.

Las élites del capitalismo descarnado prefieren protegerse del resentimiento de los pobres que repartir la riqueza, invertir en protección y en armas antes que en salarios dignos, y encerrarse en urbanizaciones lujosas, aunque no sean menos guetos que los de los indigentes de los suburbios. E imponen esta misma lógica a nivel mundial. Parajes selectos e islas paradisíacas para los elegidos y países enteros rebajados a barrios marginales del mundo, a vertederos humanos de la sociedad opulenta.

El sistema de libre comercio se acerca a la perfección. Se comercia con casi todo. Con el dolor, con el miedo, con la enfermedad y con el sexo. La prostitución, blanda y dura, y la pornografía generan millones. Ya forman parte de la vida cotidiana. Los grandes traficantes de la carne, que reciben honores en los noticiarios, controlan un negocio que condena a la humillación y a la esclavitud a una masa ingente de víctimas. Algunos países pobres malbaratan a sus mujeres, a veces a niñas, a veces a niños, para el placer de los rijosos del primer mundo. En las pasarelas, en los anuncios y en el cine se vende el cuerpo de la mujer. Se supone que por fin nos hemos liberado de la mojigatería y la represión tradicionales. Como tantas veces, aducimos una razón elevada para un comportamiento abyecto.

Fraternidad

Tampoco hubo avances en fraternidad. Más bien, un retroceso alarmante. Los impulsores del individualismo filosófico se despreocuparon del impacto del sistema de mónadas en un primate social. La solidaridad y, en especial la solidaridad fraterna, quedó en papel mojado.

Se resquebrajó la solidaridad tradicional. La red de ayuda mutua de las pequeñas localidades, que ofrecía apoyo seguro a sus miembros, no encajaba en el nuevo sistema. Los intelectuales atacaron las comunidades campesinas sin piedad. Se valieron en gran medida de la burla, esa arma de efecto retardado pero letal en los seres humanos. Disfrazaron a los pueblerinos de paletos, ignorantes y supersticiosos. Tocqueville advirtió el ataque y, además, identificó con precisión al instigador último. Liga el individualismo de

su tiempo a la inexistencia de grupos intermedios, capaces de proporcionar un marco de referencia al individuo y protección contra el Estado. «Nuestros padres —escribe— desconocieron la palabra individualismo, creada por nosotros para nuestro uso porque en su época todo individuo pertenecía a algún grupo y nadie podía considerarse absolutamente solo».

Sin el cobijo de la comunidad, de la que recibían afecto, protección y ayuda, los individuos pasan a depender del Estado. Una filosofía en apariencia en contra del poder estatal lo reforzó en la práctica. El Estado ha ido eliminando o debilitando a casi todos los competidores que le empecían el monopolio del individuo. Ciertamente, en especial en algunos países, asumió cargas apreciables en educación, sanidad, subsidio de desempleo y pensiones. Pero en los últimos años, a distinto ritmo según las naciones, pretende desentenderse de su labor social, debido a la presión de los contribuyentes más ricos. La minoría adinerada no necesita la solidaridad del Estado. En realidad, la minoría adinerada se ha adueñado de los estados y los maneja a su antojo, moviendo los hilos de los títeres disfrazados de gobernantes. Y, como estamos viendo cada día, le importa un bledo que el individuo incapaz de valerse por sí mismo —el enfermo, el parado, el alcohólico— se quede en la indigencia, solo, en la calle. En una sociedad así, la incertidumbre existencial y el temor a peligros inesperados se enquistan. Una estampa que ninguna sociedad anterior a la nuestra soportaría.

Max Weber sostiene que el acto fundacional del capitalismo fue separar producción y hogar, ingresos y familia; que se tildó de retrógrados y provincianos a los que se mantuvieron fieles a los deberes con los parientes y con la comunidad. Pues bien, desde hace unas décadas el sistema redobló los ataques contra la familia. Ataques casi siempre indirectos, solapados. Todo en aras de la modernidad. Le estorban los lazos familiares fuertes, la residencia fija. Quiere individuos libres que antepongan la profesión y el ascenso social a la familia. Han de estar disponibles en cualquier momento y en cualquier sitio que se les necesite.

Por lo demás, a las personas de nuestra sociedad, cada vez más narcisistas, les cuesta forjar vínculos duraderos. El sociólogo Lluís Flaquer habla del paso de la familia-comunidad a la familia-asociación, en la que los miembros de la pareja se han individualizado. Cada uno vive en su mundo particular, atento a su propia autorrealización, por encima de las obligaciones que impone la vida en común. No es extraño, entonces, que muchas familias se rompan. Es, a mi entender, uno de los aspectos más negativos de nuestro tiempo. Se podría decir uno de los aspectos más trágicos, porque la familia cumple funciones imprescindibles y todavía no se ha inventado —si

es que lo hay— un sustituto que la releve con solvencia. Me refiero, claro está, no a un tipo concreto de familia sino a la familia en cualquiera de las variantes que nos muestra la etnografía y que han demostrado eficacia en la crianza de los hijos. En nuestra sociedad, como dice Paul Bohannon, «la función parental está en un punto crítico». Bastantes padres —añade— no parecen ser conscientes de la repercusión de las vivencias infantiles en el carácter, la personalidad y la salud mental de sus retoños. Una maternidad y una paternidad esmeradas no garantizan, pero sí favorecen, una vida adulta equilibrada, con aspiraciones a una siempre inasequible felicidad.

La presión que ejercen sobre el individuo los grupos familiares y las comunidades es, con todos los defectos, que solemos exagerar, preferible a la alternativa: soledad y desamparo. Preferible a los niños de la calle, a los mendigos sin cobijo, a los alcohólicos y enfermos sin parientes ni amigos, a los ancianos abandonados, a los que sufren sin compañía, a los que mueren solos y hallan su cadáver días, meses o años más tarde. Tanta dedicación al trabajo nos roba el tiempo necesario para criar a los hijos y cuidar a los viejos. Los aparcamos en guarderías y en asilos —ahora «residencias de la tercera edad»—. Y aun debemos dar gracias cuando las financia la administración. Cualquiera de esos que llamamos salvajes se echaría las manos a la cabeza si nos conociese.

La sobrevaloración del individuo, liberado de las restricciones impuestas por la red de los vínculos sociales, tuvo, y tiene todavía, un atractivo que atrapa. Tuvo también, y sigue teniendo, amargas consecuencias. Privados de protección, como huérfanos, los individuos se vuelven frágiles y vulnerables.

Sin comunidades y con una familia debilitada, la experiencia vital de los occidentales es una empresa particular, no colectiva. Incluso la reacción frente a los agravios y las injusticias se ha individualizado. Los sindicatos languidecen. Los intelectuales, acusados de mantener ideas viejas y obsoletas, se escabullen en restaurantes de varios tenedores Michelin, en bodegas de caldos selectos o elaboran platos barrocos con los amigos.

El individualismo se ha vuelto un serio obstáculo para planificar con racionalidad el futuro, para preservar el medio ambiente, para los derechos humanos y para la democracia. Marchita las virtudes públicas.

El capitalismo feroz alimenta un individualismo feroz, una competitividad sin miramientos. Genera desconfianza hacia los demás y, con la desconfianza, una inseguridad enfermiza. Nos sentimos rodeados de extraños, de potenciales enemigos. Sobre todo si son extranjeros pobres y de razas de piel oscura. Padecemos lo que el crítico francés Ferdinand Brunetière llamó

a finales del siglo XIX «la enfermedad de nuestro tiempo». «Cada uno de nosotros solo confía en sí mismo, se coloca a sí mismo como juez supremo de todo y no permite que su opinión se discuta. Cuando el individualismo alcanza tal grado de autocomplacencia —se lamenta— no puede esperarse sino que se convierta en anarquía». Exageró, sin duda. Pero es una de esas exageraciones que, como las caricaturas, resaltan los rasgos más característicos.

Nos hemos vuelto bastante sordos a las razones ajenas, bastante mudos para la disculpa y bastante incompetentes para la convivencia. Preguntamos demasiado a menudo, con velada exigencia, «¿me entiendes?» y todavía más a menudo nos quejamos de no ser entendidos. Los más rompedores se jactan de que «no se callan» ante nadie y de que sueltan «lo que sienten» sin considerar si ofenden.

Se extiende —escribe Lipovetsky— «un individualismo puro, desprovisto de los últimos valores sociales y morales, que coexistían aún con el reino glorioso del *homo economicus*, de la familia, de la revolución y del arte».

La gente guay, la que acapara los medios de comunicación, «se salta las normas», «rompe los tabúes» y «pasa de todo». Toda norma social le parece represiva. Identifica «vida social» con hipocresía y manipulación. La única norma que acepta es la norma que impone no tenerlas.

El capitalismo ha metamorfoseado al individuo en un narciso. Como el bello y solitario Narciso de la mitología clásica, el individuo de hoy se cierra a las propuestas de amor y se enamora de sí mismo. El ego se le hipertrofia, de manera que los problemas personales se le agigantan. Todo le estresa: engordar, educar a los hijos, perder una uña y no digamos un diente, enfermar, envejecer. Las actividades básicas y los procesos normales se han vuelto dificultades insoportables. Se obsesiona con la belleza y la salud, hace régimen, practica deporte y espera milagros de la cirugía estética. Solo le preocupa el bienestar material y el cuerpo, que amenaza con adueñarse de la persona entera.

El narcisista no se siente miembro de un linaje familiar. Rompe la solidaridad generacional. Se desvincula de las raíces, de las tradiciones, y tampoco le quita el sueño el futuro sin su persona. Bordea, sin atinada conciencia del peligro, la soledad y el vacío. Quizá lo apueste todo —en uno o varios intentos— a una relación amorosa, pero no son fáciles los vínculos intensos y duraderos entre narcisistas.

En Metrópolis triunfa el hedonismo. Triunfa como tendencia. La sociedad de consumo y el individualismo se han aliado para formar personas que viven ignorando a los demás, pendientes solo de sus deseos y apetencias. En

mayor o menor grado. La sociedad produce y consume mensajes alegres, sonrisas televisivas, noticias graciosas. El sexo se independiza del afecto; puro goce sin más. Todo el mundo quiere ser joven. Incluso los viejos. Ahora los viejos, antes modelos, imitan a los hijos y los nietos.

El capitalismo de hoy empuja en direcciones opuestas. Por un lado exige disciplina y dedicación máxima en el trabajo; por otro, para contrarrestar, exalta el goce. Se viven dos vidas. Durante el día, siervos en la empresa; durante la noche, el fin de semana y las vacaciones, devotos de la juerga, con dosis más o menos intensas de alcohol, drogas, música, baile y sexo. A esa pócima mágica contra la insatisfacción y el aburrimiento crónico se le pueden añadir diversos componentes no menos activos. Joseph Brodsky decía a sus alumnos: «Os aburrirán vuestros empleos, vuestras esposas, las vistas desde vuestras ventanas, los muebles y el papel pintado de vuestras habitaciones, vuestros pensamientos, vosotros mismos. Por tanto, intentaréis encontrar vías de escape. Tal vez os dé por cambiar de trabajo, de residencia, de empresa, de país, de clima, tal vez os deis a la promiscuidad, al alcohol, a los viajes, a las clases de cocina, a las drogas o al psicoanálisis».

Individualistas, insolidarios, competitivos, ambiciosos, infantilizados, adictos al placer, sedientos de cambios y emociones fuertes, con aspiraciones desmedidas y con baja resistencia a la frustración. Así somos. Y eso tiene un coste en nuestra salud mental. Y en el uso descontrolado de la violencia. En las actitudes violentas y en las enfermedades psíquicas concurren la genética, las historias personales y el entorno social. El tipo de sociedad en la que se crece influye en la personalidad y en la propensión a padecer determinadas dolencias psíquicas. Las más características de nuestro tiempo quizá sean la depresión y la psicopatía.

Los psicópatas tienen bastantes probabilidades de proliferar en una sociedad de narcisistas sin valores morales, que fomenta el engaño, la manipulación, las relaciones superficiales y la falta de culpa ante los sufrimientos ajenos. Los psiquiatras actuales incluyen la psicopatía entre los trastornos de personalidad caracterizados por un comportamiento en conflicto con las normas sociales y éticas de una determinada comunidad. J. C. Pritchard, uno de los primeros psiquiatras en estudiarla, la denominó «locura moral». Según McCord, se distingue por la falta de amor y de remordimientos; según Robert Hare, por la falta de empatía, por el egocentrismo, ausencia de sentimientos de culpa, desapego, emociones superficiales e incapacidad para mantener relaciones duraderas, todo ello disimulado con locuacidad, encanto personal, mentira patológica y manipulación. El psicópata vive al día, despreocupado del futuro, con las miras puestas en el dinero, el sexo, el estatus y el poder.

En el entorno social en el que vivimos, si un niño o una niña se crían en un ambiente de caos y malos tratos, si sufren rechazo paterno o abusos sexuales, están en grave riesgo de convertirse en psicópatas. Se calcula que en Estados Unidos hay, al menos, dos millones; en Nueva York viven más de cien mil. Por supuesto, no todos ni mucho menos son criminales de película. Se camuflan en la vida ordinaria. Están en la política, en el arte, en la banca, en cualquier profesión. En una sociedad como la nuestra —afirma Vicente Garrido— «la personalidad del psicópata resulta la más adaptativa».

Razones sobradas hay también para que la depresión sea la enfermedad de nuestro tiempo. Acaban por hacer mella en nuestro ánimo, además de la lógica pena por la muerte de una persona querida, la rivalidad en el trabajo, las frustraciones, los cambios constantes, la fragilidad de las relaciones, las infladas expectativas de empleo, de dinero, de vivienda y de belleza que el entorno, con escaso realismo, nos hace concebir. También la angustia, más o menos soterrada, ante la muerte inexorable. Las mujeres, más presionadas a ajustarse al ideal de belleza y de conducta, son más vulnerables; menos, los creyentes y los integrados en la familia y la comunidad.

Se estima que más de la mitad de los pacientes que acuden a la consulta del médico de familia padecen una depresión, en muchos casos encubierta. Afecta al estado de ánimo, al apetito, al sueño, al deseo sexual, a la autoestima y a la actitud ante la vida. No se trata de una tristeza pasajera. Los síntomas persisten meses o años. Con mucha frecuencia los enfermos prefieren anestesiarse con psicofármacos, antes que afrontar las causas del mal. Así que el sistema que provoca la dolencia, se beneficia de las ventas de las medicinas. Capitalismo redondo.

También depende del modelo de sociedad el grado de violencia. La violencia se aprende. Por mucho que los interesados en justificarla le atribuyan solo causas biológicas, los seres humanos, primates de comportamiento adquirido, aprendemos a manejarla. Se aprende por observación directa y en los relatos tradicionales de la comunidad. En la sociedad actual la enseñan el cine, las series de televisión, los cómics y los videojuegos. Aunque los implicados en el negocio lo desmientan. Los niños, los adolescentes, los jóvenes y muchos adultos contemplan a diario cientos de actos violentos, muchos a cargo de los héroes de nuestro tiempo.

Pero la enseñanza por medio del folclore contemporáneo es solo una parte del problema. La violencia enraíza en la desigualdad, la explotación, el fracaso, el desencanto, el resentimiento, el desapego y el individualismo. Violencia en todos sus matices. Violencia reivindicativa, violencia gratuita, violencia racial, violencia asesina, violencia contra los niños, violencia

contra las mujeres; aunque se refrene el machismo, si no se controla la violencia general, las mujeres seguirán siendo las víctimas preferentes en los conflictos con sus parejas. Y la violencia más destructiva e infame, la de la guerra. Ciertamente siempre la han impulsado intereses inconfesables, convenientemente envueltos en los más honorables principios. El neoliberalismo también disimula su rapacidad con nobles palabras pero los hechos lo desmienten a las claras. Vemos que Estados Unidos ha privatizado la guerra en beneficio de accionistas sin escrúpulos. Vemos que las grandes potencias avivan disputas en cualquier parte del mundo con el doble objetivo de incrementar las ganancias de las empresas de armamento y de expoliar de sus recursos naturales a los países más indefensos. Y así las reservas de petróleo, oro, litio, uranio y diamantes de algunos países de Asia, África e Hispanoamérica se convierten en suerte desgraciada para la mayoría de sus habitantes.

Libertad

La libertad individual es el pilar del liberalismo. El corno. Los liberales reclaman la autonomía del individuo frente a la sociedad y sus presiones. Antepone sus intereses a los colectivos.

Un alto porcentaje de occidentales ha asumido la doctrina liberal. Éxito que encierra una paradoja: millones de individuos, que se consideran libres e independientes, comparten una misma idea. Piensan igual y sin embargo se creen distintos. Su fe individualista les impide ser conscientes de que es la propia sociedad quien les inculca esa filosofía. El individualismo no es una opción que cada uno descubre por sí mismo; la toma del medio cultural en el que se educa y vive. Es falso, por lo tanto, contraponer individuo y sociedad como dos entidades separadas y antagónicas. «No nacemos como “yo” —escribe Karl Popper—, sino que debemos aprender a serlo». No es que hayamos conquistado la libertad individual tras manumitirnos a nosotros mismos de la esclavitud social del pasado. No. Es que nuestra sociedad nos ha enseñado a ser individualistas.

«El individuo separado de la comunidad es una abstracción», sentencia F. H. Bradley. Y añade que el ser humano «es real solo porque es social; si abstraemos de él todas las características resultantes de su contexto social, lo convertimos en un intento teórico de aislar lo que no puede aislarse». Para William Connolly, «el ser humano es esencialmente incompleto sin una forma social, y sin un lenguaje común, una estructura institucional,

unas tradiciones y un foro político que le permita enunciar objetivos públicos».

Lorenzo Infantino afirma: «La acción individualista es un tipo de acción social; los modelos individualistas de actuar son formas sociales de vida». Ludwig von Mises dice que el hombre moderno es un ser social, porque es impensable que pueda satisfacer sus necesidades materiales por sí solo, y porque es la sociedad quien hace posible el desarrollo de sus facultades intelectuales. «El hombre es inconcebible como ser aislado, porque la humanidad no existe sino en cuanto es un fenómeno social».

John Dewey advierte que contraponer el aspecto social y la individualidad no hace más que ocultar la verdadera naturaleza del ser humano. La estructura mental y moral de los individuos, así como los modelos de sus deseos e intenciones —escribe—, cambian junto con los grandes cambios en la estructura social. «Los individuos que no forman parte de ninguna asociación, ya sea de carácter doméstico, económico, religioso, político, artístico o educativo, son auténticos monstruos a ojos de los demás».

En la civilización actual nadie parece darse cuenta —comenta el antropólogo francés Louis Dumont— de que «la percepción de nosotros mismos como individuos no es innata, sino adquirida» y de que los individuos lo son por vivir en sociedad. Ni siquiera los más instruidos son conscientes de esta verdad incuestionable. Convendría remitirlos a las historias de los niños-lobos a fin de que reflexionasen acerca de cómo la conciencia de los individuos surge del adiestramiento social. Convicción de autonomía bastante sorprendente en una sociedad como la nuestra en la que, en el plano material, los individuos dependemos unos de otros más que nunca.

Pero los habitantes de Metrópolis no solo asumimos los principios generales del liberalismo; también compartimos muchos comportamientos e ideales concretos. En realidad, la mayoría. No obstante, nos creemos únicos. En Estados Unidos, tanto en las series de televisión como en la vida real, los padres, abuelos y profesores, enseñan a sus hijos, nietos y alumnos a sentirse «algo especial». Vivimos convencidos de comprar coches únicos, perfumes únicos, trajes únicos y, lo que es más grave, de tener ideas originales y exclusivas. Nada extraño, por otra parte, si —como señala Tocqueville— hasta los más grandes filósofos creen «un millón de cosas basándose en la fe ajena y suponen muchas otras verdades que ellos no establecen».

Todos, o casi, queremos destacar en algo. Sobre todo, en dinero y poder, los signos del capitalista. Atendemos con fascinación al listado de los empresarios más ricos, de los estadistas más poderosos, de los actores, modelos, deportistas, escritores y cantantes con más ingresos.

Vestimos los trajes que dicta la moda; nos sometemos con alborozo a diseños y colores que nos imponen cada año fuerzas e intereses que no controlamos. Estamos más sujetos a los cambios de la moda de lo que estuvieron nuestros bisabuelos al traje regional. Cientos de miles de mujeres copian con fervor los vestidos, bolsos, zapatos y peinados de las modernas princesas de escaparate y de las actrices de cine del momento.

Contravenir las enseñanzas de las Iglesias y las normas tradicionales nos induce a pensar que somos libres. No reparamos en que el cine, la televisión, la radio, la prensa e internet han ocupado su lugar y nos adoctrinan con idéntico rigor. Aunque con métodos más suaves y placenteros. Y han conseguido que toda crítica en contra aparezca como una antigualla desdeñable. La obra se completará a medida que los seres supremos se hagan con el monopolio del adoctrinamiento y controlen a las mónadas a distancia, mediante los teléfonos móviles y las tabletas.

En contra de la supuesta libertad individual, la uniformización se intensifica. Y avanza a lo largo del planeta como una apisonadora. Arrasa tradiciones locales y culturas minoritarias, y hasta penetra en las potentes civilizaciones de Oriente.

Cierto que existen diferencias individuales. Normal, por lo demás, en una civilización como la nuestra de cientos de millones de personas. Diferencias a veces muy llamativas, tanto que bastan para persuadirnos de ser únicos e irrepetibles. Sucede que el sistema tolera sin grandes reproches divergencias en lo accesorio, como supo ver Ralph Linton: «Las llamadas sociedades libres no son en realidad sino aquellas sociedades que estimulan a sus miembros para que expresen su individualidad en cosas de poca importancia y aceptables desde el punto de vista social, pero .al mismo tiempo obligan a sus miembros a vivir entre innumerables reglas y prescripciones, haciéndolo, tan sutil y cabalmente que apenas las notan. Si una sociedad ha logrado modelar al individuo en forma adecuada, se somete a muchas de las restricciones que aquella le ha impuesto con la misma inconsciencia que ejecuta los movimientos para andar».

Como enseñó el filósofo, político y periodista italiano Antonio Gramsci, el estado moderno no impone su hegemonía por medio de la represión sino del convencimiento. Cambió las coacciones externas por las internas. Las personas se someten motu proprio. Trabajan y se esfuerzan hasta explotarse a sí mismas a fin de ascender en la escala social y consumir. Se creen libres, porque ni siquiera son conscientes de su yugo. Como no lo fueron las mujeres durante milenios. «Se me dirá —escribe John Stuart Mill en su ensayo sobre *La esclavitud femenina*— que la dominación del hombre sobre

la mujer difiere de los demás géneros de dominación, en que el dominador no emplea la fuerza; es un señorío voluntariamente aceptado: las mujeres no se quejan, y de buen grado se someten».

En el prólogo a la reedición de *Un mundo feliz* Aldous Huxley denuncia ese sistema en los estados totalitarios de su tiempo: «Un estado totalitario realmente eficaz sería aquel en el cual los jefes políticos todopoderosos y su ejército de colaboradores pudieran gobernar una población de esclavos sobre los cuales no fuese necesario ejercer coerción alguna por cuanto amarían su servidumbre. Inducirles a amarla es la tarea asignada en los actuales estados totalitarios a los ministerios de propaganda, los directores de los periódicos y los maestros de escuela». Como se sabe, en la novela el gobierno imaginado por Huxley le proporciona a la gente la droga necesaria, el soma, para adormecer los dolores, los celos, los fracasos y los conflictos. El soma le calma la ira, la vuelve paciente y la reconcilia con los enemigos. «Si algo marcha mal, siempre queda el soma».

El visionario Huxley sospecha que los estados democráticos persiguen idéntico objetivo, que «la gente ame su servidumbre». Pronostica que, en menos de un siglo, se valdrán de avanzadas técnicas de sugestión, drogas y libertad sexual. «En colaboración con la libertad de soñar despiertos bajo la influencia de los narcóticos, del cine y de la radio, la libertad sexual — dice— ayudará a reconciliar a sus súbditos con la servidumbre».

En los últimos años la servidumbre por convencimiento se alía con el miedo a perder el empleo. La desregulación de la economía, el saqueo de la banca y de las instituciones provocaron una crisis que pagamos los trabajadores. Por no caer en el paro y la pobreza, toleramos peores salarios y menos derechos laborales. Nos sujetan con una cuerda a medio romper que nos ahoga sobre un pozo temible.

No critico la uniformidad. En absoluto, pues en todas las sociedades la mayoría de los individuos comparten ideas y costumbres. Me limito a constatar que sucede lo mismo en la nuestra, por mucho que nos creamos únicos. Tampoco critico el capitalismo. Critico, sí, sus excesos. El individualismo egoísta que se nos está imponiendo en las últimas décadas colisiona con la naturaleza social del *homo sapiens*. Solo beneficia a los más pudientes. A los demás, los condena a trabajos forzados, insolidaridad e incomunicación.

En Occidente tendemos a identificar individualismo con libertad personal. El diccionario la define como «la facultad que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, o de no obrar, por lo que es responsable de sus hechos». Es una manera de definirla. Es la manera que se ajusta al tipo de

sociedad en la que vivimos. Pero no todas las sociedades piensan igual, ni tienen el mismo concepto de libertad. Quizá hay tantas nociones de libertad como filosofías. Yo preferiría una que se basase en la naturaleza social de los seres humanos. Dado que no existen personas sin normas culturales, del mismo modo que no existen proboscidios sin trompa, creo que cumplirlas no se opone a la libertad individual. Siempre y cuando sean normas aceptadas por la mayoría y pensadas en beneficio de la comunidad. Descarto, por lo tanto, las impuestas a la fuerza por un gobierno despótico y las asumidas en una servidumbre voluntaria, como la que estimula el neoliberalismo.

En conclusión, creo que potenciar la individualidad ha aportado beneficios indudables a Occidente. Creo también que en las grandes urbes de nuestro tiempo el problema más serio y menos denunciado, catalizador de los demás, es el individualismo sin restricciones, en nociva oposición a la naturaleza social del *Homo sapiens*. Desde la Ilustración nuestra sociedad nos promete la realización de los individuos, en libertad, igualdad y fraternidad. Un trampantojo en toda regla. En la práctica vivimos en una sociedad individualista, desigual, insolidaria y con una libertad reducida a escoger entre minucias.

Esta mirada de antropólogo sobre su sociedad ha resultado estar cargada de reproches. Y eso que no incluye historias personales de niños abandonados, de mendigos, de desahuciados, de alcohólicos, de drogadictos con jeringas, de ancianos enfermos en soledad, de presos en las cárceles, de niños abusados, de violaciones en manada, de inmigrantes muertos... Pero conste que es una reflexión limitada, parcial y, en cierto modo, tramposa. Se centra en los aspectos más criticables de nuestra sociedad. Una reflexión sobre las relaciones de género, por ejemplo, no resultaría en absoluto tan negativa. Por eso no comparto, ni mucho menos, la vieja máxima del «todo tiempo pasado fue mejor». Creo, por el contrario, que en el cómputo global –que es el que cuenta– superamos cualquier época pretérita. El ser humano y las sociedades, y la occidental más, son demasiado complejos para enjuiciarlos por algunos componentes aislados. No olvidemos que en otros ámbitos nuestra civilización ha conseguido logros evidentes. Los avances del último siglo en ciencia, producción de alimentos y medicina han dado un fuerte impulso al *Homo sapiens* en su exitosa carrera, como demuestra el aumento de la población mundial y de la esperanza de vida, en condiciones más saludables que nunca, aunque también es cierto que no para todos por

igual. Nuestro principal déficit hoy día está en el componente social, en las virtudes públicas y en la inteligencia emocional. El egoísmo sin medida de unos pocos los amenazan. Y no será tarea fácil, nada fácil, restaurarlos.

Bibliografía

- Benedict, Ruth: *El hombre y la cultura*, Barcelona: EDHASA, 1971.
Bohannan, Paul: *Para raros, nosotros*, Madrid: Akal, 1996.
Camps, Victoria: *Paradojas del individualismo*, Barcelona: Crítica, 1993.
Dumont, Louis: *Essais sur l'individualisme*, Paris: Éditions du Seuil, 1983.
Durkheim, Emilio: *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires: Shapire, 1971.
Infantino, Lorenzo: *Individualismo, mercado e historia de las ideas*, Madrid: Unión Editorial, 2009.
Linton, Ralph: *Estudio del hombre*, México: FCE, 1985.
Lipovetsky, Gilles: *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, 2002.
Malinowski, Bronislaw: *Una teoría científica de la cultura*, Barcelona: EDHASA, 1970.
Malinowski, Bronislaw: *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Barcelona: Ariel, 1973.
Tocqueville, Alexis de: *La democracia en América*, Madrid: Aguilar, 1989.